

## HOMENAJE A JUAN REJANO\*

---

El 13 de julio de 1939, Juan Rejano, en compañía de Pedro Garfias y del que esto escribe, miraba por última vez el hacinado y oscuro rincón de la bodega del *Sinaia*, que nos había alojado durante dieciocho días. Una hora después, Juan al frente de nosotros, con la sonrisa tan suya que pocas veces le abandonaba y con los ojos esperanzados e inmensamente abierto, bajaba por la escalerilla del barco. Instantes seguidos, pisaba por vez primera, en Veracruz, tierra mexicana. Tenía a la sazón treinta y seis años; ni tierno ni ducho para empezar una nueva vida; ésta la inicia, desde el primer momento, bajo el signo de un amoroso apego a la nueva tierra, del que ha dejado elocuentes testimonios y de una dolorosa nostalgia por la tierra perdida. Tal conjunción de sentimientos y experiencias le impulsa, casi desde su llegada, a la poesía. Porque Juan, ya periodista brillante en España, es aquí donde despierta como poeta, tal vez porque es en la poesía donde encuentra el cauce más adecuado para la experiencia singular y contradictoria del destierro. Un libro de poemas tras otro va saliendo de su cantera creadora durante el largo, interminable exilio. Y con la nostalgia, el poeta canta también, sobre todo en los años cuarentas y cincuentas, cuando los rayos de luz son tan tenues, la lucha sorda, desigual y terrible que libra el pueblo español. Pero la nueva tierra, tierra también de sufrimiento, encuentra su lugar en su obra. (Y cuando se dispone a reintegrarse a su patria, como presintiendo una nueva nostalgia, de allá para acá,

---

\*En *Cuadernos Americanos*, 5, septiembre-octubre de 1976, pp. 83-85.

escribe el libro que aún tengo inédito y caliente entre mis manos, con este título revelador: *Elegías mexicanas*.)<sup>1</sup>

Mas su personalidad no se agota en la poesía. A él se debe, en su mayor parte, una de las mayores empresas literarias de nuestra época en Hispanoamérica: *Romance*. Ahí se conjuntan los más importantes escritores mexicanos y españoles de la década de los cuarentas y se muestra fehacientemente cómo se puede hacer una obra cultural de gran aliento pasando por encima de los estrechos muros elitistas. Dicha empresa, y otras que dirige Juan, prueba no sólo sus cualidades literarias y organizativas, sino también sus cualidades humanas. Su sencillez, su agradable trato, sin hacer concesiones, le permite —en las zonas más ariscas del medio intelectual— cerrar brechas, acortar distancias, disipar recelos. Juan es siempre —con su sonrisa y su palabra— un interlocutor deseado.

Podría pensarse que como poeta, director literario y prosista de altura (recuérdense sus *Cuadernillos de señales*) se sentía completamente satisfecho. Pero hay otra faceta suya, menos conocida ciertamente, para él vital. Rejano no sólo milita poéticamente, sino que es un activo militante político en los años más duros de la lucha de su pueblo. Su nostalgia poética en la emigración nunca fue un valladar para la acción. Durante todo el exilio, lucha desde las filas o puestos de dirección de su partido, con la mirada puesta en el objetivo más inmediato: la liberación de su patria, y en el más lejano: la emancipación del hombre. Rejano fue y murió siendo comunista.

Pero el objetivo inmediato se reveló, a lo largo de los años, distante, tomando en cuenta los años que un hombre a los cincuenta, sesenta o setenta puede tener por delante. Los amigos y camaradas iban cayendo y las filas enemigas se clareaban cada vez más. Y Juan, que a tantos y tantos amigos y camaradas acompañó a su tumba, no podía dejar de preguntarse inquieto: ¿podré vivir para verlo?

---

<sup>1</sup> N. del Ed.: el libro se publicaría un año después. Juan Rejano, *Elegías mexicanas*. México, Era, 1977. (Alacena)

La muerte de Franco avivó sus esperanzas, y a medida que fueron abriéndose rendijas de luz, decidió volver a la patria. Comenzó a trazar planes, a organizar sus cosas, a fijarse plazos. Para estar en mejores condiciones físicas y poner fin a una vieja dolencia, se dispuso a operarse, lleno de ilusiones y de esperanzas. Y de pronto, lo terriblemente imprevisto. Nunca se podrá saber si aquel hombre que tan pura e inocentemente llegó a las orillas de la muerte, acabó por verle su rostro. ¿Pocas veces la muerte fue tan despiadada con quien había caído, puro, inocente, como un manso cordero, entre sus garras? Un año más, quizá unos cuantos meses de vida, y Juan habría tenido la justa recompensa de pisar de nuevo su tierra, de vivir en ella ya bogando hacia la libertad.

Murió, al fin, como él pensó, éste su último año, que ya no moriría, como desterrado. El que vivió siempre la muerte de cada desterrado como si fuera la suya propia creyó, al final de su vida, que escaparía al destierro. No fue así, y por ello, en homenaje a su memoria, publico ahora este soneto que Juan conoció hace años:

*Desterrado muerto*

En la huesa ya has dado con tu empeño.  
¡Cuánta furia se queda sin batalla!  
Enmudece la sangre; el pecho calla  
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,  
el albergue final de la jornada.  
Por testamento dejas tu pisada,  
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte  
que, implacable, dilata tu destino,  
bajo la misma tierra prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte  
de muerte enajenada; con el sino  
de estar bajo la tierra desterrado.